

Primero es el olor.

—¿Puedo ayudarle?

Es rubia, tiene un moño perfecto y la falda ajustada de su uniforme subraya su cintura de modelo. Cuando se inclina sobre él para abrir la mesa le envuelve un olor que podría ser de Dior, Diorissimo, Madame Dior... Hace unos años Bruno habría distinguido a la primera los matices de ese aroma. Ahora duda. Pero es que entonces estaba aprendiendo. En Ronda nadie que él conociese se ponía Dior detrás de las orejas.

Todas las preocupaciones de los últimos días: el Adiro, el peso de equipaje, las despedidas, la casa..., desaparecen al abrocharse el cinturón.

El avión de Air France apenas se mueve, pero sus manos tiemblan. ¿Por qué se nos imponen de esta manera?, se pregunta mientras las observa como si no fuesen suyas. Uno puede dejar de mirarse al espejo por la mañana, o lo justo para afeitarse y lavarse los dientes. Es posible pasar la vida con dignidad sin escudriñar la propia figura en los escaparates. Sería fácil huir del juicio del tiempo, esconderse de los años en la sombra de los armarios, en los huecos de los árboles, en el aburrimiento de las tardes de televisión y cigarrillos. Pero las manos.

¿Seré capaz?

Me delatan, piensa, mientras el avión toma altura, me ponen en mi sitio. Su madre murió hace unos meses y por fin es mayor. Ese dios oscuro que corría tras él desde que cumplió los cuarenta, al final le ha alcanzado.

La azafata vuelve a acercarse con los aperitivos. Un canapé de *foie* y otro de salmón ahumado. Él lo tiene claro. Tampoco fue en su pueblo donde aprendió a pedir un *dry martini* pero, para el avión, es su preferido.

Le encanta el *foie*, pero ahora tiene hambre y preferiría darse un atracón de patatas fritas. Finas y crujientes. Como las de ella. Era verlo llegar, darle un beso y sacar la sartén grande y renegrida. Y enseguida cortarlas y echarlas a saltar. Una velocidad inusual para sus ochenta años. Esas patatas. Aunque estuviese a régimen, aunque a menudo le habría sentado mejor una verdura a la plancha. Era hijo único y hasta los últimos días ella lo trató así, su pequeño de ojos azules. Repipi y hablador, piensa ahora, siempre rodeado de personas mayores riéndole las gracias. En la última época, ya con cuarenta y tantos, cuando iba a verla a Ronda él era el que se las pedía. Como un niño.

Las manos tan cerca de los ojos, sobre la butaca, encima de la mesa, dejan de lado el libro, agarran ahora con delicadeza los cubiertos de la pequeña bandeja de plástico que le ponen delante. En casa juguetonas cuando toman el cigarro entre dos dedos, torpes cuando cocinan, imposible evitarlas.

–Tienes manos de duque –le había dicho Daniel.

Pero eso fue hace años.

Se siente un gilipollas mirándolas. Quién no tiene una opinión sobre sus propias manos. Y qué pensará el enorme alemán que lee a su lado. La temperatura del avión es neutra, como la del aeropuerto, pero su compañero ya se ha envuelto con una manta azul hasta los ojos.

Dónde y cuándo dejé de fijarme en mi cuello que empe-

zaba a ablandarse, en las canas que primero se mezclaron con el pelo rubio de las sienes y ahora avanzan por toda la cabeza. Las manos cuidadas por una manicura cada quince días y sin embargo rotas en pedazos por las manchas que siempre reaparecen. En qué momento me di cuenta de que ya no escaparía de mis manos cuarteadas.

Son pecas, concluye mientras la azafata le sonrío como si quisiera seducirlo, siempre las he tenido. Me las volveré a quitar. Salones de belleza no faltarán en Shanghái.

Ha oído hablar de peluquerías enormes con asiáticos altos y delgados que, al lavarte la cabeza, te dan un masaje tan largo que te deja dormido, y que en ellas se esconden por las noches las prostitutas para sus contactos secretos. Después del ajetreo de los últimos días cierra los ojos y siente ese masaje.

Me haré las manos, me pondré cremas. En Asia la blancura de la piel es una obsesión y las mejores marcas de belleza tienen productos para aclararla. No dejaré que el sol me convierta en un dinosaurio, se dice, y ríe solo. Viaja solo, está arruinado y no es imbécil, pero no piensa rendirse. El *dry martini* le inunda de optimismo.

Ahora la nube de Dior se ha vuelto a acercarse, y él, sin darse cuenta, ha dado un golpe a la copa de Burdeos que esa mujer dulce le acababa de servir. Menos mal que va en vaqueros, pero se le ha manchado la camisa y tiene que salir del asiento a limpiarla. A veces no le obedecen las manos.

—¿Puedo ayudarle en algo? —repite la azafata delgadísima en un francés aristocrático. Pero nota en su voz ese toque azucarado que se emplea para hablar con las personas mayores.

¿De qué estoy huyendo?

—Lo firmaste, nadie te obligó. Ahora tienes que pagar —le había dicho Luis mientras le mostraba una página de Excel llena de cifras incomprensibles.

Fue hace un mes. Solo le quedó clara la cifra: más de quinientos mil euros.

–Pero si la empresa va bien. No hemos dejado de trabajar ni un fin de semana.

–Pero hay deudas.

–¿Y todo el dinero que ganábamos?

Era inútil preguntarle. La cocaína es muy cara, y cuando se hicieron socios acababa de rehabilitarse. De hecho lo hizo por él, se arriesgó para salvar aquel recuerdo. Dos niños, uno de doce, otro de catorce, Ronda, el puente, esa primera vez.

El trato había sido que Bruno pusiera el trabajo y los contactos y él buscase el dinero. Pasados unos meses, triunfaban gracias a su inmensa red de amigos, de conocidos. Personas que le querían, con las que sabía ser cariñoso, tratarlos como si fueran únicos. Porque si algo tenía Bruno era ese estar bien con la vida. Y esa facilidad para la gente, fuesen mendigos o reyes.

Y qué mejor capital para una empresa de relaciones públicas. Fue entonces cuando metió la pata, cuando invirtió todos sus ahorros. Él que no recordaba ni las tablas de multiplicar, que gastaba el dinero sin notarlo, que jamás llevaba cuentas de lo que tenía ni un orden mínimo o una idea clara de lo que necesitaba. Por qué me habré fiado.

Ya en el cuarto de baño se mira en el espejo y se pregunta si sabrá hacerlo, si no le dolerán las rodillas, si no habrá cometido un disparate. La oferta para trabajar de jefe de protocolo en la Expo llegó hace apenas un mes. Le habían localizado a través de un antiguo colega de Sevilla y aceptó de inmediato. Podré con Shanghái, se dice, y le pagaré. Pero volver a verlo, no. Ha estado chuleándome.

Al sentarse de nuevo sus manos están firmes, y al tomar la copa esta vez, el vino tiene de perfil un horizonte rojo os-

curo donde reina la calma. Clava en el *bavaroise* de chocolate un Orfidal para saltarse las diez horas del trayecto París-Shanghái. Pero también para olvidarse de Sevilla, llegar en plena forma, empezar otra historia.

El alemán ronca desde hace un rato.